**Creo en el Espíritu Santo: Señor y dador de vida *Sin el Espíritu Santo no hay libertad ni vida cristiana ni Iglesia***

«El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana».  Con la afirmación que el Espíritu Santo es «Señor y dador de vida», el credo confiesa la divinidad del Espíritu y su igualdad con el Padre y el Hijo. Lo confesamos como otra persona divina con relación a Jesús y al Padre. Porque no es una criatura, lo proclamamos como Señor. Es principio de vida, dador de la vida misma de Dios a la criatura. **Él derrama en nosotros el amor de Dios y de Cristo.**

La Biblia usa diferentes símbolos para presentar al Espíritu Santo como principio de vida. Los símbolos del agua, del fuego y del viento recuerdan que viene a irrigar la árida tierra que somos nosotros. Él es el soplo de la vida. Junto con la Palabra de Dios está en el origen del ser y de la vida de toda criatura. Con otros símbolos, como dedo, mano, nube y luz, unción, sello y paloma, los autores bíblicos insisten en su misión, liberar para una vida nueva. Por el agua y el Espíritu, el cristiano es injertado en Cristo y renace para la vida filial. **Él infunde en nosotros la vida misma de Dios**.

Nadie puede decir «Jesús es Señor», si la confesión de la fe cristiana, no está animado por el Espíritu. **Él alumbra la conciencia filial** y clama en nosotros: “Abba, Padre”. **Él hace de los discípulos testigos de Jesús muerto y resucitado en el mundo**. **Sin él no hay libertad, ni vida cristiana, ni Iglesia**. Pablo escribe: «Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu».

**«Que procede del Padre y del Hijo» *Y nos conduce a la verdad completa***

Antes de la Pascua, **Jesús prometió a los discípulos otro paráclito**; el Espíritu de la verdad que los conduciría a la verdad completa y es así como lo revelaba: “la tercera persona de la Trinidad”. Pero la Iglesia tardó siglos antes de formular la fe apostólica.

En el año 381, el Concilio Ecuménico de Constantinopla confesaba: «Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre». El Padre es la fuente y el origen de toda la divinidad. La tradición latina del Credo confiesa que el Espíritu «procede del Padre y del Hijo». El Concilio de Florencia, en el año 1438, explicita: «El Espíritu Santo tiene su esencia y su ser a la vez del Padre y del Hijo y procede eternamente tanto del Uno como del Otro como de un solo Principio y por una sola espiración… Y porque todo lo que pertenece al Padre, el Padre lo dio a su Hijo único, al engendrarlo, a excepción de su ser de Padre, esta procesión misma del Espíritu Santo a partir del Hijo, éste la tiene eternamente de su Padre que lo engendró eternamente». La tradición oriental dice que el Espíritu procede del Padre por el Hijo. «Esta legitima complementariedad, dice el Catecismo de la Iglesia católica, si no se desorbita, no afecta a la identidad de la fe en la realidad del mismo misterio confesado.» El hecho de que el Espíritu, según el evangelio de Juan, es enviado por el Padre y el Hijo prueba que él procede de ambos dentro de la divinidad misma. Por ello el Espíritu es el **Espíritu de la comunión**. Él nos introduce en la relación que reina entre el Padre y el Hijo. Él confiesa a Jesús como el Señor y clama Abba, Padre, en nosotros.

**Recibe una misma adoración y gloria *Padre hijo Espíritu Santo, una sola Divinidad, una misma gloria*** Este es el mandato de Jesús resucitado a sus discípulos: «Id y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». En esta fórmula bautismal aparece la unidad y diversidad, la igualdad y la acción común, de las tres personas divinas. Las tres merecen la misma adoración y gloria.

«La fe católica es ésta: que veneremos un Dios en la Trinidad y la Trinidad en la unidad, no confundiendo las personas, ni separando las sustancias; una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; pero del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo una es la divinidad, igual la gloria; coeterna la majestad». Las «Las personas divinas, inseparables en su ser, son también inseparables en su obrar. Pero en la única operación divina cada una manifiesta lo que le es propio en la Trinidad, sobre todo en las misiones divinas de la Encarnación del Hijo y del don del Espíritu Santo». «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, y la comunión del Espíritu Santo».

«Dios mío, Trinidad que adoro, ayúdame a olvidarme enteramente de mí mismo para establecerme en ti, inmóvil y apacible como si mi alma estuviera ya en la eternidad; que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de ti, mi inmutable, sino que cada minuto me lleve más lejos en la profundidad de tu Misterio. Pacifica mi alma. Haz de ella tu cielo, tu morada amada y el lugar  de tu reposo. Que no te deje jamás solo en ella, sino que yo esté allí enteramente, totalmente despierta en mi fe, en adoración, entregada sin reservas a tu acción creadora»  (Oración de la Beata Isabel de la Trinidad).

**Habló por los profetas *los profetas y escritores sagrados inspirados por el Espíritu Santo hablaron y escribieron de parte de Dios*** Desde el comienzo de la creación hasta la plenitud de los tiempos, el Espíritu de Dios preparaba discretamente la venida del Hijo en una carne como la nuestra. En el Antiguo Testamento «habló por los profetas», esto es, por todas aquellas personas que anunciaron y dispusieron al pueblo para acoger al Mesías y su manera propia de llevar a cabo la obra salvadora de Dios. Pedro habla a los extranjeros: «Sobre esta salvación estuvieron explorando e indagando los profetas que profetizaron sobre la gracia destinada a vosotros tratando de averiguar a quien y en qué momento apuntaba el Espíritu de Cristo que había en ellos, cuando atestiguaba por anticipado la pasión del Mesías y su consiguiente glorificación. Y se les reveló que no era **en beneficio propio, sino en el vuestro por el que administraban estas cosas que ahora os** anuncian quienes os proclaman el Evangelio con la fuerza del Espíritu Santo enviado desde el cielo» **(1P 1, 1-12)**.

Porque estaban inspirados por el Espíritu Santo, los profetas y los escritores sagrados hablaron y escribieron de parte de Dios. **El Espíritu es único y no se contradice**. Habló en los profetas y da testimonio en los apóstoles. **Él garantiza la continuidad y el cumplimiento en la novedad del plan divino**. Misión del Espíritu es conducirnos a la verdad plena. Él garantiza la Tradición viva y guía a la Iglesia a la novedad de la verdad, plenamente revelada en Cristo. Él da testimonio en los testigos del Evangelio. Él garantiza la integridad de la fe en el pueblo de Dios. Él regala el don de la infalibilidad, para que el misterio de Cristo sea mejor conocido, testimoniado y anunciado por la Iglesia apostólica en medio de los pueblos y culturas de nuestro mundo. **Él recrea la comunión en la fe, amor y esperanza**.

**PRÁCTICA- Con fe, confía cada día todas tus obras a Espíritu Santo, Él te da vida.**